VII

Nuevas aras funerarias en Jerez de los Caballeros

No es ya la vez primera que la noble ciudad de Jerez de los Caballeros, para demostrar con pruebas inequívocas su abolengo hispanorromano, devuelve a la luz del día importantes monumentos de aquella civilización que en su seno guardaba ocultos. Aun cuando nunca se había extinguido entre geógrafos e historiadores la tradición de una Jerez romana, que algunos identificaban con *Ceret, Esuris, Cæriana* o *Cæsariana,* llegó hasta olvidarse el tal origen por muchos escritores de antigüedades de nuestra Península, ya que no se conocían monumentos que fueran como testigos de la tradición, ni eran dignos de fe todos los que la afirmaban. Por esto, sin duda, ni Ceán-Bermúdez, ni Cortés, ni Madoz, diligentes investigadores de monumentos o de noticias sobre antiguas poblaciones hispanorromanas en la primera mitad del siglo pasado, dicen cosa alguna de Jerez de los Caballeros como ciudad latina, y apenas entre los escritores anteriores a nuestros días se halla dato alguno de tiempos anteriores a la reconquista y repoblación de la ciudad por Alfonso IX de León y su entrega a los Caballeros Templarios, de quienes le viene el sobrenombre que la distingue [1].

1 Véase Solano de Figueroa, *Historia Eclesiástica de la ciudad*

1
2
D M S
MARITO BE
NEMENTI POS
VITHSE
STIL
COCCMARI
ENSISHOM
BONVIXANN
XX IIIIFELICIO
PAT·FIL·PIENTIS
FECSIMANES
SAPIMTPATER
BENEIACEOSE
QVTAGASNES

3
4
5
D M S
ELIAELIODORA
VIXIANNXXX
ELIALVCANA
INFELICISSIM
MATEREECIT
H·S·E·S·T·T·L

Pero ya en el promedio del siglo XVII, el juicioso escritor de cosas extremeñas y canónigo de Badajoz, don Juan Solano de Figueroa, llegó a descubrir en Jerez dos lápidas visigodas y afirmó categóricamente el origen romano de la ciudad [2], y un siglo más tarde el erudito académico de la R. de la Historia don José Cornide encontró y copió dos inscripciones romanas en la misma localidad, sin consignar pormenores de su hallazgo [3], el cual se repitió a principios del siglo XIX, dando cuenta de ello el docto académico don Mariano Tamáriz, quien mandó a la Real Academia una copia de dos inscripciones fragmentarias de origen romano [4]. Con todo, las mencionadas notas manuscritas quedaron inéditas, y hay que llegar casi al final de la pasada centuria para que la imprenta divulgue estos y otros monumentos y se pruebe con documentos fehacientes la antigüedad romana de la noble ciudad extremeña que nos ocupa.

El ilustrado arqueólogo e historiador extremeño don Nicolás Díaz Pérez publicó en 1887 la obra titulada *Extremadura,* que forma parte de la colección de tomos que con el título de "España, sus Monumentos y Artes", se editó en Barcelona por los años 1884 y siguientes, y en ella da cuenta de tres inscripciones romanas descubiertas en las afueras de Jerez en 1840, dos de ellas de carácter funerario y una propia de ara votiva, sin decir

---

y obispado de Badajoz, año 1664, en Badajoz, fol. 16, n. 53. (Ms. de la Bibliot. de la R. Acad. de la Hist., C. 127.)

2 Obra cit., n. 55.

3 JOSÉ CORNIDE Y SAAVEDRA, *Inscripciones.* Ms. en la misma Biblioteca. (Est. 18, n. 40.)

4 TAMÁRIZ, *Inscripciones;* Ms. en la misma Biblioteca. (Est. 18, núm. 65.)

nada de las halladas por Cornide y Tamáriz. Recogió todas las mencionadas inscripciones el insigne epigrafista Emilio Hübner, reuniendo algunas otras de los informes suministrados por el ilustre académico señor Duque de T'Serclaes en la monumental obra *Inscriptiones Hispaniæ Latinæ* de 1869 y en el *Supplementum* de la misma en 1892 [5], y con estas publicaciones y con la del último cronista de Jerez don Matías Ramón Martínez [6], quedaron terminadas las investigaciones sobre el origen romano y la civilización antigua de la mencionada ciudad extremeña.

Cuando ya se suponía agotada la mina de monumentos romanos en Jerez de los Caballeros, después de los años transcurridos sin dar señales de vida, ha venido a sorprendernos gratamente y a despertar la esperanza de ulteriores hallazgos el interesantísimo que recientemente se ha realizado en el interior de uno de sus grandes y vetustos edificios, conocido allí con el nombre de "El Colegio", antiguo convento que fué de religiosas fran-

---

5 En posteriores Suplementos o *Additamenta* (Berlín, 1897) catalogó el preclaro autor las demás inscripciones halladas hasta entonces y que faltaban en su primera obra, publicadas antes algunas de ellas en la *Ephémeris Epigráfica* de Berlín, volumen VIII.

6 *El Libro de Jerez de los Caballeros* (Sevilla, 1892). En esta obra se publican seis inscripciones de la época romana halladas en Jerez, y entre ellas las tres de otros tantos cipos o aras funerarias que puso HÜBNER en el *Supplementum* bajo el número 6.277, las cuales fueron adquiridas por el señor Duque de T'Serclaes y regaladas al Museo de la R. Academia de la Historia. De ellas y otras nuevas que describe el autor señor MARTÍNEZ se hizo cumplida reseña en el BOLETÍN DE LA R. ACADEMIA, por el padre Fita, tomo XXX, pág. 334. Entre unas y otras llegan ya al número de 15 las inscripciones romanas de Jerez, además de otras dos cristianas de la época visigoda.

ciscanas, con el título de "Monasterio de la Madre de Dios". Deseando plantar en el patio interno de dicha casa un árbol el propietario actual de la misma, don Antonio García de Gregorio, hizo abrir, en mayo último, un hoyo en un espacio circular de dos metros de diámetro, y al poco de profundizar en él aparecieron cinco bloques de mármol blanco, a manera de pedestales, regularmente conservados, aunque por de pronto no se conociera bien su forma. Extraídos del hoyo y una vez limpios de la tierra y cascotes que los afeaban y envolvían, pudo apreciarse, desde luego, que eran todos verdaderas aras funerarias de origen romano, con visibles inscripciones en ellas, excepto en una, que parece como si estuviera preparada por el marmolista para adjudicarla al primer difunto para quien se solicitara. Todos los cuales cipos o aras consérvanse hoy en la misma finca donde se hallaron, bajo la custodia de su propietario, quien no se ha decidido a practicar ulteriores investigaciones en ella para descubrir otros que, por ventura, existan.

Al tener noticia del hallazgo el que suscribe, procuré que sin pérdida de tiempo se obtuvieran y me enviaran buenas fotografías de todo lo descubierto, y pedí más datos y pormenores de cada uno de los objetos hallados, logrando al fin ver cumplidos mis deseos, si bien no con la prontitud y perfección que esperaba. Y estudiadas con toda detención las pruebas fotográficas, de las cuales dan cuenta los adjuntos grabados, y pedidas nuevas explicaciones sobre lo que ellas representan, me es grato y honroso informar a la Real Academia de la Historia del resultado de mis investigaciones y estudios, dejando siempre al mejor criterio de la docta Corporación el definitivo

juicio de la importancia del hallazgo y la significación de sus inscripciones.

Echase de ver, desde luego, por las fotografías, que se trata, como dije arriba, de elegantes aras funerarias, cuyo coronamiento se constituye por un frontoncito central, con volutas y cojinetes a los lados y con una pequeña excavación u hoyo en la parte más elevada o superior, como es de ver, sobre todo en la que va señalada con el número 4, que es la más íntegra entre las que llevan inscripciones. Todas ostentan en su cara principal una inscripción funeraria (menos una, como se ha indicado antes), y en las de los costados o laterales llevan sendos bajorrelieves figurando instrumentos del culto pagano, como la pátera, la secéspita y el *praefericulum*. Y como el fotógrafo ordenó los cipos o aras por su altura y así van numerados, seguimos en su descripción el mismo orden, por más que no corresponda al de su antigüedad relativa.

Primera. Aunque algo mutilada esta primera ara en su coronamiento, conserva íntegra y muy legible su inscripción funeraria, encuadrada en elegante marco moldurado, y tiene las siglas de la dedicatoria a los dioses Manes apenas grabadas en la corona de la cornisa. Mide 1,05 metros de altura, por 43 centímetros de ancho en la parte más saliente del cornisamento. Sus letras, que parecen de fines del siglo II o época de Septimio Severo, ofrecen por término medio unos 40 milímetros de altura, y van trazadas descuidadamente y con poco gusto. Su lectura e interpretación, supliendo las fáciles abreviaturas que incluye, debe hacerse de este modo:

M. I. LVPER
CIANVS

ANN. LX
C. IANVARIA
MARITO. BE
NEMERENTI. POS
VIT. H. S. E
S. T. T. L.

Marco Julio Luperciano, de 60 años edad. Caya Jenara puso (este monumento) a su benemérito marido. Aquí descansa. Séate la tierra leve.

Es la primera vez que aparece el nombre o apellido de Luperciano en la epigrafía española; los demás de esta inscripción se encuentran muy repetidos en otros epígrafes.

Segunda. Consérvase más íntegra todavía esta segunda ara que la precedente, y mide 96 centímetros de altura por 29 de ancho en su parte más saliente. Sus letras parecen ser de la misma época, si bien se hallan señaladas con mayor firmeza, menos descuido y mayor elegancia, y tienen alguna menor altura. Las siglas D. M. S. (*Diis Manibus Sacrum*), que expresan la dedicatoria a los dioses Manes, van grabadas en la corona de la cornisa, como en el ara anterior, siendo aquí más legibles. Supliendo las abreviaturas, leo:

COCC(*ejus*). MART
ENSIS. HOMO
BON(*us*). VIX(*it*). ANN(*os*)
XXII. TI(*tus*). FL(*avius*). FELICIO
PATER. FIL(*io*) PIENTIS(*simo*)
FEC(*it*). SI. MANES
SAPIVNT. PATER(*ni*)
BENE. IAC(*ent*). E(*jus*). OS(*sa*). ET
(E)QVIT(*um*) AGAS(*o*)NES.

Y se traduce: *Cocceyo Martense, varón probo, vivió 22 años. Su padre, Tito Flavio Felicio costeó (este monumento) para el piadosísimo hijo. Si los Manes paternos juzgan cuerdamente, descansarán bien los restos de él y los mozos de jinetes* (o *palafreneros*).

Ninguna novedad ofrecen los nombres propios o personales que en la inscripción suenan, pues se hallan repetidos en la epigrafía hispanorromana, incluso el de *Felicio* en nominativo, según es de ver en la citada colección de Hübner, números 74, 2.611, 3.349 y otros. Con el número 3.300 se registra en la misma colección un personaje con nombres parecidos al de nuestro caso, en esta forma: TI(*tus*) FL(*avius*) CHRISIMIO. Pero es nuevo, y sale ahora por primera vez el nombre topográfico de *Martensis,* que puede acaso referirse a la ciudad actual de Martos (Jaén), llamada entonces *Civitas Martis,* pues no hay que suponerlo como una contracción de *Martialensis* (El Carpio), ni de *Marciensis* (de Marchena), o *Martiensis* (de Marzá, en Galicia). Nueva también y singular es la frase que pone en duda el juicio o la discreción de los dioses Manes, y extraño en epigrafía el título de palafrenero (o *agaso*) que se menciona aquí, el cual nos hace suponer que el difunto *Cocceyo* ejercía el tal oficio y que por haberlo desempeñado con fidelidad y paciencia, habría de merecer descanso ante los Manes paternos, tanto él como los demás compañeros de oficio, según opinaba el que mandó labrar el sepulcro.

Tercera. El ara tercera, aunque íntegra en sus molduras y superficie epigráfica, ha sufrido algunos deterioros en su base y coronamiento y aun en las mismas letras, que resultan poco legibles, por lo borrosas y hasta medio perdidas. La altura del monumento es de 75 centímetros y

su anchura de 28; las letras tienden a la forma rústica y son de menor altura que las anteriormente descritas, pero de la misma o de algún tanto posterior época que ellas. Las siglas de la dedicatoria a los dioses Manes van grabadas en el coronamiento, y el nombre y el apellido (*cognomen*) de la persona difunta, en lo alto de la cornisa. A pesar de las malas condiciones de la inscripción y de la fotografía, leo en ella lo siguiente:

IVLIA. FELICISSIMA
ANIMA. INNO
CENTISSIMA. AN(*norum*)
XXV. HOC. SEPVLCR(*um*)
IVSSIT. SIBI. VIVA. FAC(*ere*)
MARITVS. AMANTISSI(*mus*)
ET. EIVS. VICINI
CIVES. HVMANI. CON
IVGI. MERENTISSI
MAE. SVA. INPEN(*sa*). F(*ecerunt*).

Y traduzco: *Julia Felicísima, alma inocentísima, de 25 años edad, mandó labrar para sí este sepulcro mientras vivía. Su marido amantísimo y sus vecinos, por humanidad, lo hicieron a sus expensas en obsequio a esta cónyuge meritísima.* Puede sospecharse que la difunta cayó en la pobreza antes que lograra disponer su sepulcro, y los vecinos ayudaron al marido para la construcción del mismo.

Nótese que la palabra *Felicísima* no es un epíteto o adjetivo, sino el *cognomen* o apellido de Julia, como ya alguna otra vez se halla en semejantes epígrafes (Hübner, ob. cit., núm. 6.085). Tampoco es ajeno de la epigrafía romana callar el nombre del sujeto que hace la-

brar el monumento o que lo dedica, expresando sólo el título que para ello le asiste, como puede observarse en la inscripción que estamos discutiendo, en la cual no se dice quién sea el *maritus* que con los *vicini* costea el sepulcro, pues lo mismo ocurre en otros monumentos de su clase, y es de ver en la inscripción publicada en el BOLETÍN DE LA REAL ACADEMIA, tomo 53, página 37, año 1908, entre otros ejemplos.

Cuarta. La última de las aras que llevan inscripción en el presente hallazgo es la menor y la mejor conservada de todas. Mide 44 centímetros de alta por 27 de anchura, y sus letras denuncian el primer siglo del Imperio romano, sobre todo las siglas D. M. S., que van grabadas en el coronamiento. Su lectura no es difícil, pues sin gran esfuerzo se descubre lo siguiente:

ELIA. ELIODORA
VIXI(*t*). ANN(*os*). XXX
ELIA. LVCANA
INFELICISSIM(*a*)
MATER. FECIT
H. S. E. S. T. T. L.

La traducción es también obvia: *Elia Eliodora vivió 30 años. Su madre infelicísima, Elia Lucana, le hizo este monumento. Aquí está depositada. Séate la tierra leve.* Las siglas que expresan estas palabras rituales van grabadas en el zócalo del ara y son apenas visibles.

El apellido (*cognomen*) Eliodora no es conocido en otro epígrafe de los publicados hasta ahora; pero sí se halla repetido el de Lucana. Tampoco se encuentra el nombre Elia sin el diptongo *AE*, sino una sola vez en cifra (Hübner, núm. 5.143); pero sí muchas veces en su forma ortográfica propia, que debe ser *AELIA*.

De todo lo expuesto en este sucinto informe debe deducirse la importancia de Jerez de los Caballeros en la época romana, la humanidad de sus vecinos (que en lenguaje cristiano diríamos *caridad*) y aun la nobleza de la población, donde por lo visto no faltaban jinetes y palafreneros, preludiando el nombre con que después habría de ser conocida. Procedería repetir en su suelo las excavaciones [7].

FRANCISCO NAVAL,
Correspondiente.

---

7 Alguien del país jerezano me dice que ya fueron descubiertas hace algunos años las predichas aras, pero que se ocultaron de nuevo. Si así fué, no se concibe el silencio del descubridor y su mal gusto en soterrar nuevamente tan preciosos monumentos. Madrid y febrero de 1930.